

## Reseñas

ESPERANZA DURÁN, *European interests in Latin America*, Londres, The Royal Institute of International Affairs, 1985 (Chatham House Papers 28).

La autora, egresada del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México y profesora del mismo, tiene una larga experiencia en el campo de los asuntos internacionales. Según afirma ella misma su libro tiene por objeto demostrar que América Latina es una región importante del Tercer Mundo en términos económicos y políticos. En segundo lugar, examinar las actitudes de la Comunidad Económica Europea hacia Latinoamérica, y finalmente destacar los campos en que podría desarrollarse una relación más estrecha y benéfica para ambas partes.

Al igual que muchos otros trabajos que se han escrito sobre el tema (tesis, libros y artículos), la conclusión a la que se llega es contraria al entusiasmo inicial de los autores: la región en su conjunto representa un interés secundario para los europeos, cuyos intereses básicos en política internacional se concentran en el problema Este-Oeste, y en lo económico, en sus relaciones con los otros países industrializados. En lo que respecta al Tercer Mundo, los nexos europeos se encuentran con sus antiguas colonias africanas. Lo anterior no impide que existan fuertes inversiones en los países más grandes de América Latina, así como otros intereses comerciales. Para ilustrar lo anterior, se incluirán, al final de esta breve nota, algunos comentarios formulados en el coloquio "Democracia y democratización: un diálogo entre Europa y América Latina", que tuvo lugar en la ciudad de Estrasburgo en junio de 1986 bajo los auspicios del Consejo de Europa y del Instituto de Relaciones Europeo-Latinoamericanas (IRELA), porque tocan algunos de los problemas que se menciona en el libro de Esperanza Durán.

En la primera parte del libro, la autora estima que la importancia económica y política de la región ha aumentado, y para apoyar su afirmación señala que Latinoamérica creció a una tasa de 7% entre 1970 y 1974 y de 4.9% entre 1975 y 1980. Aunque líneas más adelante se indica que el crecimiento fue ante todo del sector manufacturero, seguido por el de la energía y otros, no se distinguen claramente los países y ramas de actividad más dinámicos y por lo mismo también se minimiza el estancamiento de otras naciones. Es necesario reconocer

que en un breve libro de divulgación (103 páginas) sería casi imposible entrar en un análisis detallado del comportamiento de cada uno de los sectores de actividad económica, en todos y cada uno de los países de la región. Pero, por otra parte, tampoco es fácil compartir el optimismo que pueden producir cifras generales sobre el comportamiento de la región. Este mismo optimismo reina cuando se habla de indicadores sociales, como la educación. Según los datos proporcionados, el porcentaje de niños de seis a 11 años de edad en las escuelas primarias pasó de 57.3% en 1960 a 82.3% en 1980. Sin negar la veracidad de las cifras, es necesario matizar el optimismo que podrían proporcionar, pues no se toma en cuenta la tasa de deserción escolar. En México, uno de los países que más ha invertido en educación, aún es muy alta la tasa de deserción escolar a partir del tercer año de primaria, por lo que muchos niños escolarizados regresan al analfabetismo. Con respecto a este problema, también se proporciona una cifra muy optimista para el conjunto de países latinoamericanos: solamente 30% de analfabetos (no se indica en qué fecha). También se mencionan cifras que parecen demasiado buenas para la enseñanza secundaria y superior, y no se menciona en absoluto el nivel de calidad de los servicios.

Pasando a otro tema, puede decirse que el mismo optimismo priva en cuanto a la importancia política de la región. La autora reconoce que América Latina ha sido vista como una zona de influencia exclusiva de Estados Unidos, pero considera también que hay signos de que, tanto individual como colectivamente, los países de la región han adquirido una mayor independencia y fuerza política. Para sustentar su opinión, menciona la acción del grupo de los 77 (122 actualmente) para articular sus intereses económicos y políticos frente a los países industrializados, tanto en los foros internacionales como en las Naciones Unidas y en órganos como el Fondo Monetario Internacional. También menciona la acción de estos países en materia de desarme y cita como ejemplo el Tratado de Tlatelolco. En el campo religioso, considera una aportación latinoamericana la Teología de la Liberación, que, según ella, puede tener “una importante influencia en el futuro, no sólo en el cambio político en América Latina, sino en el contexto más amplio de las relaciones entre la región y otras áreas católicas y países en el mundo”. Francamente, a juicio del autor de esta nota, ninguno de los argumentos proporcionados convence de la capacidad de negociación de América Latina en los asuntos importantes.

En la segunda parte del libro, Esperanza Durán examina problemas relacionados con comercio, asistencia técnica, inversiones y deuda, concentrándose en la acción de Gran Bretaña, Francia y Alemania.

Como ya se había indicado, las dimensiones del libro no permitían un análisis en profundidad. Así, por ejemplo, el problema de la deuda se aborda en escasas siete páginas, por lo cual la autora se vio obligada a formular consideraciones de carácter muy general, en las que queda claramente expuesto que el principal acreedor es Estados Unidos, y que los bancos europeos, incluyendo a los franceses nacionalizados, seguirán una política común con el FMI y Estados Unidos.

En lo que se refiere a los intereses políticos de Europa en América Latina, la autora, con buen juicio, apunta que se esperaba que el gobierno socialista de Francia llevara a cabo una política más activa en la región. Sin embargo, no fue el caso, ya que los problemas de seguridad europea y dificultades internas relegaron a un plano secundario el interés por América Latina. Cabe preguntarse sobre el lugar que puede ocupar la región en las preocupaciones de otros gobiernos más conservadores, todo lo cual viene a desmentir el entusiasmo inicial. Pero la autora no cesa y en la última parte del libro formula un catálogo de buenos deseos para estrechar las relaciones entre los dos continentes, que desgraciadamente no se ve factible a mediano plazo. A título de ejemplo puede citarse: "Las economías latinoamericanas se encuentran más ligadas al financiamiento y al comercio del mundo industrial como un todo, como el problema de la deuda lo ha mostrado. En el campo político, el desarrollo de Latinoamérica no concierne exclusivamente a Estados Unidos. Hay un interés internacional en los procesos de democratización que tienen lugar en varios países latinoamericanos. . ."

Para concluir esta nota, cabe mencionar algunos de los puntos presentados en el coloquio mencionado anteriormente, que formuló un profesor del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Mainz, Manfred Mols. Cabe mencionar que el coloquio reunió a parlamentarios, altos funcionarios y diversos intelectuales. Según Mols, la percepción europea de Latinoamérica presenta las siguientes características.

1 No existe un interés palpable en Europa por América Latina, ya que sus prioridades se encuentran en otras partes.

2 Los europeos se mueven demasiado con los criterios norteamericanos.

3 Europa no ha dejado de lado los intereses egoístas de los países industrializados.

4 Los procesos democráticos en América Latina no interesan a la Europa oficial. La intensidad de sus relaciones con la región no está vinculada a la cualidad política de los regímenes vigentes.

5 Para los europeos, es difícil reconocer quién habla oficialmente a nombre de América Latina.

6 Las experiencias de Alemania con su política de cooperación nuclear con Brasil, la de Francia en Centroamérica y la de todos los europeos con Contadora, han creado la impresión de que los latinoamericanos utilizan a los europeos “como una pieza útil en la estrategia latinoamericana hacia Washington”.

7 En el campo económico, es difícil para los europeos distinguir entre las posiciones meramente tácticas y las de principio. Además, los cambios de modelo, de personal y el exceso de burocracia no generan confianza.

8 En campos distintos del oficial, como es en las relaciones entre partidos, sindicatos, iglesias, fundaciones, etc., el interés europeo por Latinoamérica es mayor.

Por falta de documentación, es difícil saber cuáles fueron las reacciones de los participantes a las consideraciones anteriores, pero en cambio es fácil deducir del libro reseñado que las razones políticas y económicas aducidas en favor de la existencia de un interés mutuo no son lo suficientemente fuertes para que se produzca un estrechamiento de relaciones. Hace falta mucho trabajo para crear intereses comunes que permitan el acercamiento.

CARLOS ARRIOLA

ERNEST A. DUFF, *Leader and Party in Latin America*, Colorado, Westview Press, 1985. 177 pp.

Es común, en la mayoría de los estudios sobre partidos políticos, ignorar los factores que determinan el ambiente político en que aquéllos se desenvuelven. Pueden citarse aquí los notables trabajos de Duverger, Leiserson, Dahl, Almond, entre otros, en apoyo a esta idea. La mayor parte de estos trabajos centran su atención en factores internos o en relaciones personales de los grupos que han de integrar un partido. Algunos, como Duverger o Dahl, han demostrado la validez de sus postulados teóricos para describir y explicar el origen y funcionamiento de los partidos políticos en Europa y Estados Unidos.

*Leader and Party* es una obra singular en más de un sentido. Nació en forma distinta al resto de las publicaciones de su género, ya que es uno de los libros que la Westview Press publica con un formato de impresión y papel especial que requieren, a lo sumo, tres meses para su procesamiento y edición. El autor tiene una visión de los fenómenos políticos que ha superado la estrechez del enfoque del *political develop-*

*ment* estadounidense. Pese a que no logra liberarse de expresiones como “el escaso desarrollo político” o “la falta de una cultura cívica” (al modo de Almond y Verba), E. Duff trata de poner la “primera piedra” de una nueva escuela de pensamiento político que preste mayor atención a los factores característicos de los países del Tercer Mundo.

En América Latina, a principios del siglo XX se observan la aparición de partidos políticos e intentos por hacer de ellos instituciones oficiales que permitan establecer un juego político alejado de la violencia. Los efectos que tuvo la Primera Guerra Mundial sobre estos países, determinaron en cierta medida sus condiciones políticas internas. El periodo comprendido entre las dos grandes guerras se caracterizó por movilización social y participación política. Estos fenómenos hicieron posible el desarrollo y la sucesión de los tres tipos de líderes políticos que Duff considera en su análisis. Es la figura del líder político un factor fundamental en la institucionalización, exitosa o no, de los partidos políticos. Subyace toda la obra una hipótesis que, en palabras del autor, relaciona “[. . .]cierto tipo de ‘líder burocrático’ con la creación y desarrollo consecuente de partidos políticos institucionalizados”.

Según Duff, existe una relación causal directa entre el tipo de líder político y el éxito o fracaso en la institucionalización de un partido. En ocho casos de estudio, el autor demuestra que el factor crucial en la instauración de los partidos es la aparición de líderes políticos que crean instituciones bajo su dominio. Son líderes diferentes de aquellos que Weber llama carismáticos, y ejercen el poder a base de su prestigio y cualidades personales. Existen tres tipos de líderes: los viejos caudillos, los nuevos caudillos y los líderes democráticos. A los últimos, también llamados líderes burocráticos, se les atribuye capacidad para crear partidos institucionales. El líder burocrático ocupa una “posición ejecutiva” y puede controlar “desde arriba” el proceso político de su país. Con estas ideas muy en claro, y con elementos auxiliares como definiciones precisas de “éxito institucional” o “fracaso político”, Duff propone un esquema de análisis que confiere a la obra transparencia metodológica. Este esquema parte del análisis del tipo de líder, pasa al del partido político y cierra su ciclo con el examen del ambiente político de la época en cada país. Una vez reunidos estos tres análisis, es posible confrontarlos con los hechos y explicar cómo y por qué sucedieron de tal o cual manera.

Los casos considerados son los siguientes. Una primera parte, denominada “Constructores de instituciones exitosas”, abarca los casos de Plutarco Elías Calles, Rafael Trujillo y Rómulo Betancourt. La segunda parte, la de “fracasos”, se refiere a Hipólito Yrigoyen, el “León

de Tarapacá”, Ramón Grau San Martín, Víctor Raúl Haya de la Torre y el general Martínez.

Suelen surgir partidos políticos en periodos de crisis aguda, sea por falta de un líder, sea por el abultamiento de proyectos y caudillos o por la carencia de legitimidad de un gobierno. En el caso de México, el surgimiento del primer partido institucionalizado, el PNR, se debió a la crisis que siguió al asesinato de Álvaro Obregón, que despertó las pugnas entre facciones revolucionarias. El “éxito institucional” de Calles debe atribuirse, en gran medida, a su personalidad. Su carácter pragmático, poco o nada ideologizado, le permitió establecer un partido político que dirimiera las disputas en forma institucional y pacífica, cosa que un líder carismático difícilmente habría conseguido. Fue tan eficaz la institucionalización que Duff se atreve a acusar a Calles de ingenuo, cuando en su conflicto con Cárdenas quiso emplear a su favor una organización que hacía tiempo ya había perdido todo rasgo personalista. Llama la atención el hecho que Ernest Duff, al final del capítulo, emita un pronóstico sobre el futuro de México. Es notable que coincida con opiniones como la de Héctor Aguilar Camín (véase *Nexos* núm. 100) sobre la importancia que tiene la falta de un líder o “jefe político” en el sistema político mexicano, que pudiera contribuir, por ejemplo, a los cambios que planteó la reforma política de 1978. A diferencia del caso de Plutarco E. Calles, Rafael Trujillo es conocido como un dictador. Gobernó República Dominicana por un periodo considerable con el apoyo de Estados Unidos, pero no fue este último elemento el que permitió a Trujillo permanecer en el poder. Pese a su condición de dictador, Trujillo tuvo suficiente habilidad para crear órganos de gobierno que controló a su antojo. El Partido Dominicano, la obra más depurada de ese “líder burocrático”, fue creado en 1931, un año después de que Trujillo tomó el poder, y hasta 1961, año en que fue declarado inexistente por sus ligas con el dictador, penetró en todo el país. Su composición arrancaba de células de gobierno local y llegaba, con gran impulso integrador, hasta la esfera del poder presidencial. Como en el caso del PNR, este partido alcanzó tal grado de perfección y se adaptó de modo tan eficaz a la sociedad, que a la muerte del dictador permaneció presente en la vida política dominicana.

En los años siguientes al derrocamiento y asesinato del dictador, la vida política de República Dominicana fue azarosa y conflictiva, lo que terminó con la intervención directa de Estados Unidos. Restablecida la paz, se convocó a elecciones generales. Para entonces, el político exiliado Balaguer, antiguo miembro del Partido Dominicano, se percató de la existencia y operación de la estructura de su partido. De inmedia-

to procedió a establecer contactos con todas las células del organismo político y en menos de un año consiguió la presidencia. En este caso, se demuestra una vez más la influencia decisiva del liderazgo en la institucionalización de un partido, que luego supera la etapa de dependencia del líder y pasa a otra, de autonomía. En Venezuela, la democracia, o “estabilidad democrática” como la llama Duff, se debe a la figura de Betancourt y a su partido, Acción Democrática, que comparten la supremacía (no el poder) con otro partido en un régimen político *sui generis* en América Latina. Acción Democrática y el Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI) son las dos fuerzas dominantes en el escenario de un país que ha visto más de tres sucesiones presidenciales de partidos diferentes en absoluta paz y con respeto al voto. En este caso, como en los anteriores, la figura y la personalidad del líder político son los factores fundamentales, con la diferencia de una mayor capacidad negociadora y un tono más carismático de Rómulo Betancourt. La vocación democrática de Betancourt, indiscutible para muchos autores, entre ellos Duff, permitió una organización participativa y tolerante en la que surgió otro partido que, con el tiempo, ha venido a disputar la mayoría al partido de Betancourt. “Tal vez el más grande éxito político de la historia de América Latina” —concluye Duff— lo representen Rómulo Betancourt y Acción Democrática en Venezuela.

Con una opinión despectiva sobre Argentina, que nombra “el país de mayor frustración en América Latina”, Duff resume la historia de esa nación durante los primeros tres decenios de este siglo. Su opinión confirma la “fatalidad” de la figura de Hipólito Yrigoyen en los procesos de institucionalización partidista. Esta fatalidad consistió en una personalidad carismática que sin embargo destruyó las instituciones y la paz política, pese a que Yrigoyen tuvo frente a sí un partido político organizado, con un programa claro y una ideología rectora, y un ambiente político favorable a la institucionalización. Arturo Alessandri, llamado “Léon de Tarapacá”, gobernó Chile en 1925 y de 1932 a 1938. A pesar de su gran influencia política, ya que de hecho no hubo, entre 1920 y 1940, figura que pudiera opacarle, no encontró los medios para institucionalizar su partido político, el Radical, y evitar así la dispersión y fragmentación política chilena de los años cincuenta y sesenta. Duff atribuye a Alessandri un carácter destructivo, que condena, y le atribuye la fragmentación política que originó autoritarismo. Del mismo modo, Ernest Duff atribuye el “fracaso político” de Ramón Grau San Martín a su falta de capacidad de organización, y a la rudeza con que Fulgencio Batista gobernó Cuba. De modo muy sutil, Duff sugiere

que el exceso de violencia y represión de Batista, y la falta de una visión realista de lo que debe ser una revolución, por parte de Grau San Martín, fueron los elementos determinantes de la revolución marxista-leninista en Cuba, ante la imposibilidad de llevar a cabo una transformación política más apegada al modelo ideal de “revolución pacífica” e institucionalización de un partido (véase p. 115). Otro ejemplo de “fracaso político” es el de Víctor Raúl Haya y su Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). Considerado un ejemplo único por su vida política de más de 60 años al frente de la APRA, Haya representa el extremo opuesto al de los líderes destructivos. La vida de APRA y de su líder no pueden disociarse, porque de muchas maneras, algunas debidas al fracaso electoral y otras no, esta Alianza Revolucionaria no logró tener una vida propia, separada de su creador, como en los casos del PNR y Acción Democrática. Además, la APRA es el único partido político de gran tamaño, carácter popular y organización bien estructurada, que no ha alcanzado jamás el poder en su país. No obstante su fracaso como órgano institucional, el indoamericanismo de Víctor Raúl Haya no pierde su esencia ideológica ni su influencia sobre ciertos grupos preocupados por los núcleos indígenas de sus países respectivos.

Finalmente, cabe mencionar el caso del general Martínez en El Salvador. Cuando un modelo se aplica a la realidad, suele encontrarse con casos que lo rebasan. Para el esquema que en los siete casos anteriores empleó el autor, el caso de El Salvador es la excepción que confirma la regla. El carácter autoritario y represivo que la oligarquía y el ejército impusieron en un Estado-policía, caracterizado por el control del general Martínez sobre la economía, la sociedad y la política salvadoreñas, comprueba la hipótesis de Duff: la actitud agresiva que mantuvo el líder-caudillo Martínez hizo imposible la aparición, siquiera, de un órgano político institucional. Llamam la atención las similitudes que el autor encuentra entre el periodo de brutalidad policiaca y subversión comunista de 1930, y la época actual. E. Duff define su trabajo como un intento por evaluar métodos de análisis para los estudios sobre América Latina. El autor destaca la utilidad de combinar estudios biográficos e históricos para comprender los procesos políticos, y demuestra que los partidos políticos institucionalizados son indispensables para la estabilidad política y el desarrollo económico latinoamericanos.

El libro rebasa los objetivos que se planteó. Aunque la recopilación de datos y su interpretación no dejan de tener un sesgo, la vinculación de dos variables aparentemente contradictorias —el liderazgo político



y la institucionalización de partidos— crea un punto de vista nuevo que puede servir para el análisis de la realidad contemporánea.

JOSÉ DE JESÚS SOSA LÓPEZ

PASCAL ARNAUD, *Estado y capitalismo en América Latina*, México, Siglo-XXI, 1981. (2a ed. en francés: *Amérique Latine: la formation de l'économie nationale, Argentine et Mexique*, préface de Celso Furtado, éd. Publisud, Paris, 1983).

El libro tiene una buena orientación, desde mi punto de vista. Se enmarca en el análisis económico “estructuralista” de Furtado, Marini, Ferrer y otros autores dentro de la CEPAL, pero en la rama del “intercambio desigual a escala mundial”, en donde predominan autores que publican principalmente en Francia, como S. Amin o P. Salama. Para todos, el subdesarrollo no es más que el efecto necesario del desarrollo de los países actualmente avanzados, en lugar de ser, como lo pretenden economistas ortodoxos (Rostow, por ejemplo), etapa primera de una sucesión lineal que llevaría al progreso indefectiblemente.

Quizá el autor exagere un poco cuando señala que los estados nacionales son resultado directo de la división internacional del trabajo establecida en el siglo XIX, interpretación que dejaría fuera los innumerables fenómenos políticos que en ello han intervenido. Sin embargo, no puede negarse el impacto fundamental de las relaciones económicas con el exterior en la estructuración de los países y el surgir del subdesarrollo.

El libro es interesante. Evoca los conceptos opuestos que más se discuten actualmente: Estado-fuerzas del mercado y nacionalismo-internacionalismo. Como dice el autor, la dimensión mundial del capitalismo entraña alteraciones de los sistemas económicos nacionales, cuyas consecuencias no se pueden prever todavía.

Si bien el análisis es un poco esquemático y a veces uno no está de acuerdo con algunas de sus interpretaciones particulares de la historia mexicana del siglo pasado (se atribuyen los más diversos hechos *directamente* a causales económicas), el autor logra señalar los aspectos más importantes de la lucha por la formación de los estados nacionales en América Latina en el siglo XIX, con énfasis en Argentina y México.

JUAN JOSÉ HUERTA